

Podemos pues prudencialmente asignarles por término medio una longitud de unos cinco a seis centímetros en su completa extensión.

Díceme también dicho señor que en su primera edad se encuentran en el campo debajo de las piedras, que después viven en las humbrías y al llegar la época de las lluvias crecen y se desparraman llegando a encontrarse hasta en las casas.

La evolución considerada bajo el doble punto de vista Filosófico y Científico

El género y la especie en filosofía

(Reflexiones y apuntes)

por

EVAN MARVIER

El género y la especie en filosofía

En el reino puramente mineral, la construcción geométrica de las moléculas tiene un interés tan grande que son muchos los sabios actuales que sitúan la distinción esencial de estas moléculas dentro de la disposición local de los átomos que las integran; así mismo, la distinción esencial de los compuestos moleculares (agrégats), en la conformación y en la figura de sus cristales.

Pero, en el reino vegetal o animal, la forma de las células y la configuración general del ser viviente no explican casi nada de su naturaleza íntima y no lo distinguen sino muy superficialmente de los demás seres.

Ciertamente, la ciencia reconoce una maravillosa adaptación de las formas a las funciones; de la morfología a la fisiología; de la anatomía a la biología. También reconoce, aunque con menos certeza, menos seguridad, la exactitud de las clasificaciones basadas sobre los caracteres morfológicos mas visibles y mas constantes; sin embargo, los ve, con tanta frecuencia y con tantas variaciones, que ha de ser muy prudente cuando trata de atribuirlos un valor absoluto que haga de estos caracteres los tipos bien determinados de géneros, de especies, de razas, de familias.

La filosofía da a estas formas exteriores o anatómicas mucho menos importancia. Ella sabe perfectamente que la vida no es un fenómeno morfológico, que el vegetal puede tener cierto parecido con el animal, y el animal con el vegetal sin por esto salir de su dominio respectivo. Sabe además, que el animal y el vegetal evolucionan bajo la influencia de los medios ambientes, de las necesidades, de las intervenciones humanas, de los accidentes, de las enfermedades; que estas oscilaciones exteriores, a veces muy amplias, no bastan para fundar ni justificar clasificaciones duraderas. Sabe que si es indispensable para las Ciencias Naturales examinar minuciosamente y en todos sus detalles estas distinciones, la Ciencia Universal y Transcendental ni puede ni debe tenerlas en cuenta del mismo modo; sabe que no puede explicar completamente y metafísicamente las individualidades concretas aunque tenga necesidad de describirlas en cierta medida.

Por esto la Filosofía se preocupa de los Géneros y de las Especies solamente, dejando a las Ciencias especiales y a los Estudios particulares los otros modos los otros términos de Clasificación.

Para la Filosofía, el Género es una categoría aún indeterminada e imprecisa que completa y transforma en Especie la «*Diferencia específica*».

La esencia de los Seres se halla, pues, bosquejada en el Género y determinada en la Especie.

El Género y la Especie no son puramente abstractos ya que se encuentran realizados en los individuos de donde la puede sustraer y abstraer la razón. No son tampoco puramente reales por ser «*generalizaciones, universalizaciones*» que formalmente no existen en ninguna parte. Son conceptos generales y abstractos que se adaptan a la realidad concreta de la que se derivan mediante nuestra razón.

Cuando la Filosofía ha determinado por ejemplo—lo que hay de más rigurosamente esencial para definir el vegetal y el animal; cuando ha encontrado por encima de ellos el lazo lógico que los une inmediatamente el uno al otro, no van más allá, se limita a éstos dos grados: género, especie, sin remontar más alto ni descender más bajo.

Lo que llama «Especie» es el conjunto de los caracteres, de los hechos sin los que el vegetal no tendría vida propia; sin los que el animal no existiría como tal.

Lo que hace el vegetal es la existencia de un organismo viviente, capaz de tener movimiento íntimo y espontáneo; así pues todo ser que posee esta vida orgánica, esta potencia o fuerza motriz pertenece filosóficamente a la especie vegetal.

Lo que hace el animal es la existencia de un organismo viviente, automotor, capaz de conocimiento y de «apeticiones sensitivas»; así pues todo ser que tenga esta vida orgánica, automotora, con este poder apetitivo y de sensaciones es filosóficamente de la especie animal.

Si quitamos la nota específicamente propia al vegetal y la nota específicamente propia al animal quedará una sola *nota común* al uno y al otro; La Vida Orgánica y esto será su Género común.

Filosóficamente, se concibe una vida orgánica incapaz de reproducirse, pero ya no es precisamente la Vida Vegetal. Del mismo modo se puede concebir una Vida Animal que no se reproduce.

El poder de nutrirse no parece esencial cuando se mira desde el punto de vista de la pura teoría, para definir el vegetal o el animal. Mas es sobre todo de los hechos que la Filosofía debe inspirarse aunque sus especulaciones la sitúen muy por encima de ellos.

*

Lo que está por debajo del «Género» y por encima de la «Especie», lo que está al lado del uno y del otro sin que sea esencial debe ser considerado como secundario y accidental en relación con ellos, a pesar de que pueda ser científicamente indispensable con relación a los seres individuales que de ellos dependen. Así es que la posesión de tal o cual forma anatómica es científicamente esencial para Esta Planta o para Este Animal, pero filosóficamente son Planta o Animal, pertenecen a este Género, a esta Especie independientemente del plano sobre el cual han sido formados.

*

La cuestión de la Evolución no tiene, pues, la misma significación para el Filósofo y para el Biólogo.

Cuando un filósofo examina esta cuestión se pregunta si alguna vez un cuerpo bruto llegó a ser un vegetal, si un vegetal pudo transformarse en animal, un animal en hombre...

No es difícil hilar la contestación:

Ninguna naturaleza no puede por si-mismo salvar la distancia que la separa de una naturaleza específicamente superior.

No es posible darse a sí mismo lo que no se tiene.

La substancia corporal inorgánica tal como está conocida y tal como se viene estudiando desde los tiempos mas remotos, se distingue tan netamente de la substancia corporal orgánica viviente que jamás, en ninguna parte, nadie ha visto la transformación espontánea de la primera en la segunda.

Se ha visto y se verá elementos No Vivientes absorbidos y asimilados por la substancia Vital que les comunica sus energías propias, los convierte en tejidos y órganos con los que desempeñan papeles activísimos en la serie de sus funciones vegetativas o sensitivas, pero Nunca se ha visto (ni se verá) elementos No Vivientes adquirir por *si-mismo*, la fuerza vital y entrar por *si-mismo* en la categoría de la vida y de la substancia orgánica.

Acaso, al principio del Mundo?, ¿se ha verificado este fenómeno?

Se puede pensar que se verificará en alguna parte fuera de nuestro Universo y de nuestro Tiempo?

No lo creo y hé aquí el «porqué».

Es evidente que para conjeturar —sin afirmarlo— semejante fenómeno sería necesario haber reconocido en el elemento puramente corporal un estado latente de vida, algunas aptitudes positivas y activas para vivir, ciertas exigencias de vida como las que se observan en una semilla, en un germen.

Fuera de estas condiciones, sería temerario, atrevido, imprudente, absurdo creer que una molécula, Inorgánica va a llegar de un momento a otro a ser una célula Orgánica.

Lo *menos* no puede por sí mismo dar el *más*; he dicho ya que no se puede dar lo que no se tiene; y es manifiesto que un cuerpo sin vida formal ni latente es esencialmente *menos* que el cuerpo animado; es manifiesto que no teniendo, no puede dar.

Inútilmente el «azar» añadiría a tal átomo todos los otros átomos; si los términos o factores de esta operación no tienen en forma alguna ni en grado alguno La Vida, no la comunicarán a su producto.

¿Lo podrá conseguir mejor la inteligencia humana? No, porque no puede poner en obra lo que encierran en sí de fuerza y actividad los elementos de que dispone.

Por sí mismo no puede poner nada, siendo la substancia corporal anterior y superior a sus esfuerzos cualesquiera que sean; cierto es que podemos descubrir muchísimas cosas ocultas debajo del velo misterioso de Universo, más no podemos Crear lo que descubrimos.

*

La Química ha conseguido verdaderas maravillas: sin embargo, no ha hecho ni hará una sola célula verdaderamente viviente.

Si nuestros sabios llegasen a comprobar en sus combinaciones la aparición inesperada de una chispa de vida, sería que tal o cual elemento empleado por ellos hubiera tenido en sí, en estado latente, una fuerza vital no sospechada; y solo se trataría, en este caso, de una nueva observación en un mundo todavía oscuro, poco y mal conocido.

*

Importan poco la cantidad o la calidad de materia orgánica perteneciente a un vegetal o a un animal; un tallo o unas hojas variando de formas o de tamaño no especificarán la planta que está evolucionando y no harán de ella un animal.

Algunos huesos más o menos largos, un cerebro más o menos voluminoso no colocarán un animal dentro de la categoría de los seres humanos, ni un hombre se transformará en un animal cualquiera.

Cierto es que la morfología está adaptada a las funciones, pero no las crea: el mono, más parecido a un salvaje del Centro Africano no será un hombre, ni siquiera un hombre salvaje; quizás que como mono podrá perfeccionarse, podrá progresar; no es imposible que llegue a ser más inteligente, más ingenioso, más robusto que sus compañeros; tal vez pierda el rabo, si lo tiene; tal vez su pelo sufra modificaciones en el color, en la longitud, que sé vo... pero no dejará de ser un mono.

Tampoco un hombre, por más que sus facciones, sus formas exteriores le den una semejanza —muy grande, si se quiere— con un chimpanze o un orangután, dejará de ser hombre.

Es por las funciones y operaciones internas que el vegetal, el animal, el hombre se diferencian esencialmente y específicamente.

Así habla la Filosofía. Más, este lenguaje alude solamente a la morfología accidental, secundaria, accesoria. Sabe que hay otra morfología esencial y substancial que consiste en la adaptación indispensable de un instrumento al fin a que está destinado.

Para servir útilmente al funcionamiento de la inteligencia y de la voluntad humanas, una y otra inmateriales el conocimiento y la apetición han de tener a su servicio, como facultades de funcionamiento preparatorio, órganos materiales adecuados a este objetivo superior.

Hubiera, pues, la Anatomía podido llegar a reconocer en un cerebro humano lo que hubiese podido diferenciar *específicamente* este de un cerebro No humano, aunque la potencia Creadora hubiera hecho el segundo igual al primero en sus otros elementos constitutivos.

Al contrario, las innumerables variedades y diferencias que se notan en la conformación de los hombres, en la conformación de sus cerebros, no les impiden de ser de la misma especie Humana.

*

Las Ciencias Naturales consideran otras cosas y razonan de distinta manera. Ellas quieren saber si la Evolución morfológica es indefinidamente posible, si la molécula inorgánica ha podido por sí-mismo llegar a ser una célula viviente, si los minerales han podido transformarse en vegetales, estos en animales y finalmente en hombres; quieren enfin saber si el hombre evolucionará más, bien sea para progresar, bien sea para regresar.

Tales son las cuestiones que plantean las Ciencias Naturales y, por regla general, restringen bastante el poder evolutivo que conceden al vegetal, al animal, al hombre mismo, quedando cada uno dentro de su orden y de su dominio propio.

Las investigaciones de la Fisiología y de la Biología comparadas son particularmente necesarias para establecer las condiciones y las variaciones de este poder evolutivo, pero no se debe exagerar su alcance, ni creer

que la Razón, la Fé religiosa, la Moral estarían en gran peligro el día que se llegaría a demostrar que un animal de organismo *inferior* se ha elevado gradualmente hasta adquirir una organización *superior*, dejando a salvo el tránsito hasta el organismo humano, cuya aparición sobre la Tierra se debe a una intervención del poder Divino.

Los desarrollos progresivos del embrión animal (y humano) el pasaje de larvas y ninfas oscuras y feas al estado de brillantes insectos nos dán cada día muestras auténticas de estos cambios morfológicos, cuya importancia exageran demasiado muchos hombres de talento, muy respetables y muy distinguidos, cuando tratan de la interpretación racional de los Orígenes del Mundo viviente.

La Filosofía quisiera saber claramente porque y como se ejerce el poder evolutivo que las observaciones científicas reconocen como absolutamente indiscutibles en el orden Vegetal y en el Animal.

Por desgracia, está obligada a contentarse con sencillas conjeturas en espera de que la Ciencia le suministre datos más numerosos, más concretos, más evidentes, más completos resultando de sus constantes observaciones cada día más profundas, mas metódicas.

*

Creo que la Evolución se hace únicamente dentro de los límites de lo «accidental» y por lo tanto ningún Vegetal se ha transformado en Animal; ningún Animal se ha transformado en Hombre, así como ningún Hombre individual o colectivo se ha transformado en Superhombre individual o social.

Las esperanzas de tales transformaciones en lo futuro son, para mí, absolutamente vanas e inciertas.

No he encontrado hasta ahora ninguna razón, ningún argumento y menos aun hechos seguros, auténticos, irrefutables que me hayan satisfecho plenamente.

Respecto a la gran mayoría de las personas que en todas ocasiones hablan de la Evolución, del Transformismo, de las Doctrinas de DARWIN, de LAMARK y otros, diré solamente que el noventa por ciento de ellas no han comprendido — ni leído, tal vez — las obras de DARWIN, ni las de LAMARCK, ni saben lo que significan estas palabras: «Evolución, Transformismo» tomadas como expresión de un concepto Filosófico y Científico y creo que mejor sería que callasen...

Málaga, Agosto 1921.